

López Alós, J. (2021): *El intelectual plebeyo. Vocación y resistencia del pensar alegre*, Madrid: Taugenit, 169 pp.

El intelectual plebeyo. Vocación y resistencia del pensar alegre es la continuación del trabajo que Javier López Alós sintetizó en *Crítica de la razón precaria. La vida intelectual ante la obligación de lo extraordinario* (2019). En esta nueva obra el autor focaliza en la reflexión sobre la figura del intelectual en nuestros días, destacando la perplejidad y el malestar como dos bases presentes en las trayectorias tanto de los investigadores consagrados, como de los más jóvenes. A través del concepto del “intelectual plebeyo” proyecta una reivindicación, una articulación del malestar que explora el potencial movilizador de la conciencia de desigualdad e injusticia del intelectual. El concepto de vocación, apunta López Alós, ha sido modulado para convertirse en una herramienta para la (auto)explotación y la servidumbre voluntaria. Frente a esto, su propuesta trata de centrarse en una práctica intelectual alternativa que supere la ideología neoliberal, por lo que el concepto “intelectual plebeyo” pretende politizar la posición precaria de gran parte de las personas que se dedican al trabajo intelectual. Así, “plebeyo” contiene un gran potencial movilizador, una conciencia de la desigualdad y la injusticia, así como una toma de postura ante estas.

La primera parte de la obra inicia con el capítulo dedicado a los “Intelectuales” (pp. 37-48), donde señala que la capacidad de influencia de dicho grupo ha descendido, produciendo una crisis de autoridad generalizada, referida a una influencia limitada a la élite ilustrada de las sociedades avanzadas. En este sentido, López Alós destaca la dimensión del “intelectual” referida al grado en que la actividad intelectual que desarrolla condiciona su propia existencia, y no tanto a su dimensión pública. Por tanto, “intelectual es quien hace de su inteligencia (como capacidad) la herramienta principal de su trabajo y de la inteligencia (como facultad de comprensión, o sea, de inteligir) el propósito primero de su actividad, a la que consagra la mayor parte de sus recursos (tiempo y energías, a menudo también los económicos, retornen éstos o no)” (p. 41). Se trata pues de una visión del intelectual como aquella persona cuya actividad condiciona y conforma su proyecto vital. Situada esta definición en un marco social caracterizado por la precarización de las condiciones materiales, y del deterioro de las condiciones de trabajo, resulta comprensible que exista un malestar generalizado en los intelectuales de hoy.

El capítulo dos reflexiona sobre los “Expertos” (pp. 49-58), aquellos que tienen la capacidad de aplicar su conocimiento a un fin determinado. En estas páginas el autor aborda la legitimación ideológica subyacente al expertismo, cuyo carácter central se refiere a la desproblematización y la toma de decisiones rápida. En el contexto actual, señala el autor, el expertismo ha pasado de ser un proceso por el cual se divide una tarea o conocimiento complejo en partes más pequeñas o especializadas, a otro proceso por el cual no hay nada que dividir, sino que la separación misma es inherente al conocimiento. Es decir, la *expertise* se encuentra sujeta a la competitividad y al criterio de utilidad mercantil, con lo que la tarea clave del expertismo acaba siendo

el demostrar que el campo específico de conocimiento de cada cual es el campo superior.

En el tercer capítulo se presentan conceptos como “Compromiso, responsabilidad y guerras intelectuales” (pp. 59-78). El compromiso intelectual, señala el autor, es un principio básico de la identidad del intelectual, sin embargo, cabe preguntarse hacia qué y con quién. En este sentido, el autor apunta a una parte formal del compromiso intelectual referida a un compromiso explícito con la verdad, con aquello que se dice y con respecto a las personas a las que se dirige (p. 65). Este compromiso con la verdad está ligado con la responsabilidad intelectual, que puede entenderse de diferentes formas, tal y como el autor explora desde las aportaciones de Noam Chomsky, quien subraya que los intelectuales no deben mentir para reforzar los intereses de gobiernos con políticas expansivas. No obstante, en el contexto actual caracterizado por un entorno laboral incierto y sobrecargado de tareas, donde los intelectuales no tienen garantía de tiempo libre y buenas condiciones materiales, parece que dicha exigencia referida a “la potencia del decir” (p. 70) se ha transformado en una clara preponderancia del silencio. Los intelectuales deciden callar, pero sobre qué callan, qué significa dicho silencio hoy. En este marco, el autor destaca las guerras intelectuales, que han pasado de ser guerras entre escuelas o corrientes de pensamiento, a tratarse de guerras entre intelectuales en una carrera competitiva. En estas guerras se suele utilizar a los eslabones más débiles de la cadena académica para que defiendan viejas disputas, moviéndose en una situación de precarización total. Así pues, la libertad y responsabilidad de los intelectuales hoy parece algo del pasado, no se cuenta con tiempo, condiciones laborales y condiciones políticas oportunas para desarrollarse (como diría Chomsky), y por esta razón, López Alós demanda replantear estas preguntas y ecuaciones teniendo en cuenta el marco actual de concionantes.

El capítulo cuarto “Lo plebeyo como estilo” (pp. 79-89), aborda algunos de los límites esenciales de la actividad intelectual teniendo presentes dichos condicionantes. Así pues, el autor destaca la existencia de un malestar compartido por las profesiones intelectuales, provocado en parte por la configuración de las instituciones académicas. En este sentido, la melancolía, frustración y ansiedad que padecen gran parte de los/as investigadores/as debería llevar a una reivindicación de mejora de las instituciones existentes. En este marco “la pregunta fundamental a la que un intelectual plebeyo trata de responderse es cómo tener una voz propia sin incurrir en las mismas lógicas que producen la injusticia frente a la que posiciona y se comprende a sí mismo” (p. 84). Es decir, superar las dinámicas del proyecto autosuficiente y cerrado para contribuir a una comunidad intelectual sostenida en la igualdad y la justicia. Sin embargo, también reconoce que la influencia del intelectual plebeyo se da sobre todo en horizontal y que su propia naturaleza le impide alcanzar las cotas de reconocimiento de sus antecesores. Con la propuesta del intelectual plebeyo, López Alós pretende superar los marcos regulativos de precariedad que promueven el malestar común al mundo académico, para generar formas más horizontales y conscientes de la libertad de otros.

La segunda parte de la obra abre con el capítulo cinco titulado “La vocación como problema” (pp. 93-108). En el mismo se abordan los conceptos de vocación y profesión para subrayar cómo poco a poco han ido perdiendo su carácter comprometido hacia una instancia exterior. En la actualidad, el término “vocación” se refiere más bien a una aspiración, más que a una intención de realizarse profesionalmente. De hecho, en

este proceso tiene una importancia vital el reflejo que recibimos de nosotros mismos en los otros, necesitamos el reconocimiento de los demás. En esta línea, el autor se pregunta acerca de cómo opera la vocación, entre otras cuestiones, apunta a la lógica de la autoafirmación constante tan presente en el discurso del emprendimiento académico. El “Don’t be modest” (p. 103) que genera que gran parte de los trabajos publicados sean más expectativa que resultado. La sensación de embarcarse en demasiadas empresas y tareas, de no llegar a tiempo a nada para tratar de buscar sentido a lo que hacemos. Pero sobre todo se encuentra esa tendencia a dejarlo todo atrás por la vocación, a lanzarse al abismo hasta encontrarse “al borde mismo de su ruina y de cualquiera que ande cerca” (p. 104). ¿Se debe pues abandonar la idea de vocación o puede convertirse en una fuente de potencial compromiso con los otros? López Alós considera que se debe vindicar la dimensión comunitaria en el ejercicio de la vocación, con un trabajo bien realizado y en buenas condiciones laborales, y subraya que “la vocación ha de relacionarse con la generosidad y las pasiones alegres, se comparte y se recibe. No se pierde ni se expropia” (p. 106).

El sexto capítulo (“Tiempos sin tiempo”, pp. 109-122) aborda cómo nuestra experiencia del tiempo se vuelve cada vez más angustiada, a través del trabajo de Jorge Moruno (2018) apunta a cómo “la carencia de tiempo produce simultáneamente queja y prestigio” (p. 109), no parar nunca contiene cualidades muy bien consideradas en el marco neoliberal. Esta sensación de nunca disponer de tiempo suficiente para nada lleva aparejada la necesidad de una constante actualización que nos permita superar la obsolescencia de nuestro conocimiento y nuestras capacidades para adaptarlas a las necesidades de cada instante. De hecho, señala el autor, esta actualización permite, en caso de desarrollarse o no, naturalizar el discurso de la meritocracia, acuciando la desigualdad y la injusticia social. Estos tiempos sin tiempo generan ansiedad y culpa por no poder llegar nunca a todo y a tiempo. De hecho, la ausencia de tiempo se ha convertido en una constante en nuestra cotidianidad, en el caso de los intelectuales, esta ausencia de tiempo “hace muy difícil ejercer una distancia crítica sobre lo que se está haciendo sin descoyuntarse en el intento” (p. 119).

El séptimo capítulo plantea la relación entre “La escritura y los otros” (pp. 123-132) estableciendo preguntas sobre las condiciones que hacen que escribir merezca la pena. López Alós comienza reconociendo que cuando se escribe, se hace para otras personas, pero también para uno mismo. Y que resulta clave tener en cuenta estas dos cuestiones para mantener el equilibrio, es decir, mantener el compromiso que se tiene con uno mismo y plantearse cómo este se proyecta hacia fuera. En este capítulo se plantea una cuestión que considero clave y es la tendencia actual a una escritura a la defensiva y cerrada sobre sí misma, centrada más en pasar los “filtros protocolarios” que en lanzar propuestas relevantes. Se escribe con la idea de minimizar todo riesgo a ser puesto en duda, “expone sin exponerse” (p. 130), y esto empobrece tanto la profesión del intelectual como el campo de conocimiento al que se pretende contribuir. El autor considera necesario plantearse por qué se produce este proceso en la cultura actual, pregunta a la que intenta dar respuesta en el octavo capítulo.

El título de dicho capítulo es “Hacia una ecología de la escritura” (pp. 133-142), y pretende reflexionar sobre cómo puede afectar a la vida común de una comunidad la recepción de un escrito determinado. López Alós señala que para que el contenido o intención política de una obra llegue a su meta el estilo debe considerar al receptor de dicho mensaje. Y al mismo tiempo, el que escribe debe tener presente que nunca

sabrá a ciencia cierta quién va a leer dicha obra y qué lectura desarrollará de la misma. Y es que, cualquier acto lingüístico conlleva siempre cierto grado de ambivalencia, por aquello que el autor deja inscrito quizás sin ser consciente, y por aquello que el lector interpreta más allá de la intención primera del autor. De aquí la propuesta de un imperativo ecológico de la escritura basado en la siguiente premisa: “escribe de modo que tus actos de escritura sean compatibles con los de cualquiera” (p. 139).

El noveno y último capítulo aborda los “Espacios y lugares para la crítica” (pp. 143- 153), y sirve para recordarnos cómo el potencial de los lugares, más allá de los espacios como receptáculos neutrales, reside en su capacidad performativa y su disposición para generar relaciones sociales y afectos entre los individuos (p. 146). En este sentido, la progresiva construcción de la universidad como un espacio para la profusión de los criterios empresariales hace que sea cada vez más difícil establecer relaciones de esta índole entre el profesorado, y también entre este y el alumnado, dificultando la generación de relaciones que puedan construir una comunidad universitaria para la transformación social y política. De hecho, estos espacios también se encuentran atravesados por las diferencias de clase, raza, género... y cabe tener en cuenta que estas dimensiones condicionan la actuación particular de cada cual. Sin embargo, López Alós reclama la necesaria complementariedad entre lo común y la solución individual, la reivindicación de una autodeterminación individual que no amenace lo común.

En resumen, el viaje por las páginas de *El intelectual plebeyo* despierta un eje de conexiones, experiencias laborales y de vida que compartimos gran parte de las personas que nos dedicamos al trabajo intelectual. Resulta casi imposible no verse reflejada en las palabras y reflexiones de Javier López Alós, por lo que de común compartimos y por lo que de individual sentimos en el marco de precarización actual. No obstante, el camino que nos ofrece dicho autor está sembrado por la alegría del pensamiento, el cerciorarnos de que no estamos solos y de que existen posibilidades de conexión entre nuestras experiencias y las de los demás. Por dejar de creer que, aunque escribimos en soledad, lo hacemos pensando en otros. Por dejar de lado esa sensación continua de que “Bastante se hace con no caer” (p. 119), y arriesgarnos a recuperar una concepción del pensamiento como acción social.

Maria Medina-Vicent
Universitat Jaume I